

CONTENIDOS DE CONCIENCIA, ESTRUCTURAS Y RELACIONES INTERNACIONALES

Uno de los más difíciles objetos que se ofrecen al análisis sociológico es ciertamente el estudio de las relaciones internacionales. Primeramente, en razón de su complejidad, el mismo nombre y la variedad de los factores que entran en juego dan lugar a que, entre los mismos especialistas, prolifere una considerable afluencia de teorías diversas y hace que en el hombre de la calle surja un desinterés total por estos problemas: para él, el dominio de esta materia es demasiado complejo, no entiende nada.

Esta complejidad de la que hablamos, no constituye más que un primer obstáculo a este estudio; el segundo, reside en el hecho de que el sociólogo se encuentra ante una especie de «terra incognita». La esfera de las relaciones internacionales forma parte de un dominio marginal, donde los sociólogos apenas se aventuran. En el curso del II Congreso Mundial de Sociología, celebrado en Lieja en 1953, el profesor A. Rose hacía observar que, en el dominio de la sociología de los conflictos internacionales, eran excesivamente raras las contribuciones, tan raras, que no podía indicar ninguna realmente importante.

A estas dificultades se añaden los problemas de valores. La sociología está sometida a dos presiones en sentido inverso: por una parte la preocupación por la acción. Se buscan consejos, normas para la acción, indicaciones sobre el camino a seguir: por ejemplo, ¿qué medidas es necesario adoptar para suavizar la tensión entre indios y musulmanes?, ¿cuáles son las primeras etapas para conseguir una eficaz descolonización?, ¿no sería el federalismo la mejor forma política para la Europa del futuro?

Por otra parte la preocupación de hacer un auténtico trabajo científico: «tomemos un campo de investigación restringido, y no trabajemos suficientemente rápido, hagamos una nueva investiga-

ción antes de llegar a resultados limitados y relativos». El hombre de ciencia tiene una tendencia natural a evitar las cuestiones concretas dirigidas inmediatamente hacia la acción. Sabe que las preocupaciones de tipo práctico demasiado patentes, corren el peligro de gravar profundamente la marcha de la investigación y comprometer su objetividad.

El objeto del presente artículo es limitado. Tiene por finalidad la de hacer hincapié en algunos aspectos de la sociología de las relaciones internacionales. En este dominio, relativamente nuevo, es difícil permanecer neutral: se ha escogido el ser de una manera consciente no tomando más que algunos aspectos aislados, lo que permite una consideración más detenida de los mismos.

Antes de examinar rápidamente algunas de las orientaciones recientes de la investigación, interesa recalcar que una explicación verdaderamente científica debe poder considerar factores de naturaleza muy diversa. Entre las ciencias sociales, la sociología ocupa, a este respecto, una posición privilegiada. No estudia solamente una serie de fenómenos particulares, tal o cual aspecto limitado de la realidad social, sino lo social como tal. Para conseguirlo, adopta un punto de vista global, considerando, como dice Marcel Mauss, los «fenómenos sociales totales». La sociología concibe lo social como un conjunto, como un todo constituido por la interacción de diversos factores inter-dependientes.

La aplicación del punto de vista sociológico al terreno de las relaciones internacionales, aparece tanto más fecundo cuanto que permite entrever la complejidad del objeto, y aclara el juego complejísimo de factores, históricos y actuales, que concurren simultáneamente en la producción de una situación determinada de las relaciones internacionales. Intentando explicar la historia política, algunos autores han recargado el acento en el papel que han jugado los grandes hombres, otros, en la influencia de la opinión pública, de la geografía, de las estructuras económica o política, de la presión demográfica...: se han propuesto y defendido las teorías más diversas. Estas teorías se caracterizan por su exclusivismo y su carácter arbitrario y quizá se las puede considerar más como tesis que como tentativas de verificar la fundamentación de las hipótesis de trabajo de amplitud limitada.

En las investigaciones realizadas después de la segunda guerra mundial, pueden distinguirse dos orientaciones principales:

1.ª Por una parte, una que se podría llamar «puramente so-

ciológica», que recarga las tintas en las estructuras, en las características propias de los grupos y en los modelos culturales, fuerzas demográficas, sistemas económicos o formas de poder político.

2.^a Por otra parte, una orientación psico-sociológica, que atrae la atención sobre las opiniones y las actitudes, sobre las imágenes, las concepciones y los contenidos de conciencia.

Estas dos orientaciones constituyen, en cierto modo, la transposición moderna de la antigua querrela entre los institucionalistas, que creen en la omnipotencia de los textos jurídicos y de las instituciones, y los idealistas que conceden una importancia primordial a la convicción personal y a los ideales. En su estudio, los partidarios de la orientación psico-sociológica han buscado las causas de los conflictos en estados de ánimo y en fenómenos psicológicos (tensiones, angustias, frustraciones), mientras creían que la solución para ellos se hallaba en la elaboración de técnicas para modificar las actitudes. Por otra parte, los mantenedores de la orientación puramente sociológica, afirman que el fundamento de los conflictos entre grupos reside en oposiciones objetivas, en la coexistencia de puntos de vista y de intereses opuestos, hasta tal punto contradictorios que es necesario recurrir a la táctica o al compromiso y no a tratamientos psicológicos. En este aspecto, el trabajo más destacado es el notable informe del profesor Jessie Bernard al II Congreso Mundial de Sociología en 1953.

Es sorprendente notar que en el transcurso del Congreso sobre Integración Europea organizado en Bruselas un número relativamente importante de comunicaciones se refería al tema de los aspectos psicológicos de la integración. Sin duda, es en el campo de las opiniones y de las actitudes donde más frecuentemente han hecho sus incursiones los estudiosos, durante estos últimos años.

En esta corriente de investigación, conviene destacar sobre todo, los estudios realizados por la U. N. E. S. C. O. en diversos países, y destinados a promover la mutua comprensión internacional, a favorecer la cooperación y a combatir cualquier género de tensiones.

En lo que concierne a los intentos directos de lograr una mayor y mejor comprensión internacional, es necesario que nos refiramos a los ensayos y estudios realizados para dar a conocer otros países y para ponernos en contacto con otras culturas.

En el dominio de la sociología de la educación existen los análisis de manuales de Historia y de Geografía. Estos análisis revelen

que muchos de estos manuales están basados en puntos de vista puramente nacionales y muchas veces unilaterales: ningún manual enseña a los niños de un país que sus antepasados tuvieron la responsabilidad de una guerra imperialista, ni señala o insiste sobre los defectos típicamente nacionales, sino sólo sobre las virtudes y sobre los grandes momentos de la historia nacional. Todo el mundo sabe que la manera de describir en los manuales las relaciones con otros países puede tener una gran influencia sobre la idea que se forme de este país. De aquí los proyectos de revisión de enseñanza de la historia y de la geografía con el fin de recalcar, en estas materias, el estudio de los aspectos internacionales, lo que no es en ningún modo sencillo por la existencia y pervivencia de prejuicios nacionales.

Los estudios relativos a la interdependencia de las culturas responden a las mismas preocupaciones. Tienen éstos por objeto mostrar el carácter simplista de la concepción según la que cada nación es una fuente autónoma de progreso y de civilización. En el mismo plano se sitúan otros estudios relativos a las aportaciones que a las culturas nacionales hacen los inmigrantes. Estos destacan los fenómenos de empresa cultural y demuestran que los inmigrantes aportan al país que los acoge no solamente su trabajo, sino también su cultura, lo que de ningún modo ni para ningún país, es despreciable.

Otras investigaciones que merecen nuestra atención, se refieren a los programas de intercambio de estudiantes y profesores, trabajadores o técnicos. Ciertamente no es suficiente enviar un número elevado de individuos a otro país para que se pueda conseguir una valoración suficiente de la cultura mutua. Los estudios que tienen por objeto la valoración de estos programas de intercambio, demuestran que la estancia en el extranjero puede tener efectos muy variables dependientes de la personalidad del viajero, su edad, la clase de acogida que se le dispense, y de la duración y de las circunstancias de la estancia.

Aún las técnicas de las conferencias internacionales han sido examinadas de manera científica, con objeto de separar los diversos factores psicológicos, sociológicos y técnicos que influyen favorable o desfavorablemente en el transcurso de los trabajos y en la comprensión mutua de los participantes.

Otro sector de la investigación en que domina la orientación psico-sociológica es el relativo al estudio de las tensiones. Estos es-

tudios han sido particularmente promovidos por la U. N. E. S. C. O.

Una sección especial del Departamento de ciencias sociales de la U. N. E. S. C. O. tenía como esfera de actividad propia el estudio de las tensiones. El programa de las investigaciones ha sido redactado sucesivamente por los psicólogos y por los sociólogos. En estos estudios, la atención se ha dirigido hacia el estudio de las causas psicológicas que dificultan o hacen peligrar la comprensión internacional creando situaciones inestables originadoras de conflictos. El término «tensiones» pedido a préstamo del léxico psicológico, fue aplicado al dominio de las relaciones entre grupos. El punto de partida de hecho se encuentra en el preámbulo de la constitución de la U. N. E. S. C. O.: «La guerra comienza en el espíritu de los hombres; es en este mismo espíritu donde deben asentarse los principios fundamentales de la paz.»

Los estudios emprendidos en el cuadro general de investigación son muy numerosos y a título de ejemplo podrían citarse los relativos al carácter nacional y las monografías sobre los diferentes tipos de vida culturales, las investigaciones sobre las tipologías nacionales y los prejuicios raciales, abarcando el análisis de las representaciones y las imágenes colectivas y el examen de las técnicas para combatirlo, los estudios relativos a la asimilación cultural de los emigrantes y los factores favorables al proceso de asimilación, los estudios sobre las técnicas que puedan alterar las opiniones, actitudes, etc.

Lo que precede, puede servir para ilustrar las principales orientaciones de la investigación. No hemos intentado realizar un inventario, pero sí mostrar que la orientación psico-sociológica ha tomado una importancia primordial y que numerosos investigadores han aportado su contribución en este sentido.

Todos estos estudios están orientados hacia la acción de manera directa o indirecta. La cuestión es saber si son realmente útiles, es decir, si tienen una aplicación práctica inmediata. ¿Cumplen estos trabajos la finalidad prevista de manera positiva contribuyendo a la cooperación y combatiendo las tensiones negativas?

Es necesario aceptar de antemano que los estudios citados tienen amplitud y alcance limitados. Sus autores y los responsables de los programas de investigación, no buscan obtener a corto plazo resultados espectaculares en el campo de la acción.

Algunos de los postulados y de las hipótesis de trabajo sobre

los que se fundan los trabajos emprendidos, son susceptibles de ser reexaminados con visión crítica. Otros han dado lugar ya a discusiones y han sido puestos en tela de juicio. Reviste realmente gran dificultad trasladar el concepto de «tensión» del dominio de la psicología al de las relaciones entre grupos. La observación demuestra que la información internacional de la mayor parte de los individuos es muy restringida y no depende tanto de que sea transmitida de modo objetivo, cuanto de que el sujeto se dé cuenta del conjunto de noticias que le son comunicadas. Por otra parte no está demostrado que un aumento de información en estas materias determine un aumento proporcional de actitudes internacionales favorables. Conocer a otros pueblos no implica necesariamente una mejor comprensión. Muchas veces lo que sucede es precisamente lo contrario.

En fin, este punto tiene aún una importancia más decisiva si nos planteamos la cuestión de cuál es la influencia que estas actitudes y estas opiniones tienen. La afirmación de que: «la guerra nace en el espíritu de los hombres...» ¿es algo más que un mero postulado en el marco de una teoría idealista?

Se tiene la impresión de que los tipos nacionales, los sentimientos nacionalistas, las actitudes de simpatía y los antagonismos, no pesan apenas en la política internacional y apenas juegan un papel medianamente importante cuando estalla un conflicto. Podemos referirnos a la última guerra mundial en la que ha habido ejemplos muy conocidos que demuestran que los sentimientos frente a las naciones enemigas pueden permanecer inalterables después de una declaración de guerra. Esto sin contar con que este factor no es sino uno más de un conjunto muy complejo.

Suponiendo que la opinión pública esté suficientemente influida por los tipos, las actitudes y otras disposiciones nacionales subjetivas, lo que aún está por probar, ¿qué influencia tienen estos elementos sobre las relaciones internacionales? ¿No estaría la opinión pública particularmente ligada a ciertas estructuras y situaciones particulares, de tal manera que los cambios de estructura y de situación influyeran decisivamente en ella?

Es evidente que para explicar el estado y la evolución de las relaciones internacionales es necesario tener en cuenta un gran número de factores como, por ejemplo, la situación geográfica, la riqueza natural, el desarrollo técnico, la capacidad de producción, la situación demográfica, las características de una población, la fuer-

za militar, la cultura, la historia, etc. Un trabajo fecundo exige que desde el principio se tenga la conciencia de la complejidad del problema y de que el análisis de cada punto está relacionado con la aclaración de un aspecto parcial del problema.

Es, sin duda, la complejidad del análisis a realizar lo que explica la discreción y la parquedad de los sociólogos en estos dominios de la investigación.

* * *

El análisis que se llama *puramente sociológico* viene a enriquecer el punto de vista psico-sociológico fijando la atención sobre los elementos estructurales que acompañan a los factores psico-sociales. Así, la idea que se forme un individuo de la futura Europa, como Unión o Federación, es función de la estructura política interna y de la composición social de las unidades políticas de que se trace. Se rechaza una «Europa fascista», o una «Europa socialista», o incluso una «Europa demócrata cristiana» si este tipo es el defendido por el representante del grupo opuesto.

Un aspecto estructural importante en el cuadro de la evolución política occidental reside en el hecho de la democratización de nuestras sociedades. A título de ejemplo del acercamiento puramente sociológico, puede interesar la consideración más atenta de la influencia de la estructura democrática y de algunas de sus características.

La democratización de la sociedad ha dado al problema de las relaciones internacionales y de la cooperación entre las naciones un aspecto totalmente nuevo. Para destacar el contraste no nos es necesario volver a un pasado demasiado lejano: basta con una suficiente consideración de la sociedad inmediatamente anterior a la Revolución francesa.

Una característica dominante de esta sociedad es su estructura aristocrática; se la encuentra, con ligeras variantes, en todos los países de Europa. Esto significa que toda la vida social se orienta hacia una clase muy restringida, la clase superior, la élite compuesta por la nobleza, el clero alto y los altos funcionarios. Esta clase no era la más elevada sólo en cuanto a su propio prestigio, sino que monopolizaba todas las ventajas de la vida social. Todo lo que representaba algún valor, estaba en sus manos: cultura, formación

intelectual, influencia política, riqueza y todo tipo de privilegios sociales.

Esto se traduce, en el plano de la vida política y de las relaciones internacionales, en el predominio de la voluntad de las clases gobernantes; los asuntos familiares y los asuntos de Estado están íntimamente ligados y casi pueden identificarse. El casamiento de un príncipe es un asunto de Estado de la más alta importancia; se realizan «guerras de sucesión». La declaración de la guerra y su prosecución están condicionadas por la gloria del Rey. En los siglos XVII y XVIII los pueblos son considerados como rebaños intercambiables de dueño según la voluntad de los príncipes. Los Estados son apenas como empresas privadas, meros testimonios del poderío de los príncipes y sometidos a sus intereses. Así, la parte belga de lo Países Bajos y las provincias italianas sirven de moneda de cambio en los Tratados de paz: se habla de «asuntos italianos», de «asuntos de la casa de Habsburgo»; todos los asuntos de política exterior son, por otra parte, «asuntos reservados» o «asuntos reales», de los que está prohibido hablar si no es con el permiso real, en círculo estrecho, privado y aristocrático.

Tal es la situación en Europa, que había llegado en esta época a un grado muy alto de civilización y en la que algunos Estados europeos habían desempeñado un papel preponderante. En el transcurso del siglo XVIII los europeos habían formulado una teoría del progreso en la que la propia civilización ocupaba la cúspide. Tenían una concepción aristocrática de las relaciones entre los pueblos. Por otra parte, estaban a punto de conseguir la realización de una hegemonía mundial que debería culminar en el transcurso del siglo XIX.

Hoy, en plena mitad del siglo XX, la situación es radicalmente diferente. El siglo XIX está ya muy lejos de nosotros.

Contrastando en la estructura aristocrática de entonces, nuestra sociedad ha adoptado una forma democrática. La noción de igualdad humana ha sido puesta en primer plano; la sociedad está concebida como una suma de individuos iguales. La preocupación máxima tiene como objeto decisivo el pueblo y la masa. El centro de la vida colectiva es el bienestar del pueblo. La teoría ha pasado lentamente del plano de la conciencia al de las realizaciones concretas: del dominio político ha pasado al campo económico, cultural y social.

Hay un esfuerzo colectivo en realizar el ideal democrático en

todos los dominios. El carácter gratuito de la enseñanza o de la atención médica, la coestión de empresas por medio de la nacionalización, la legislación social y las medidas de redistribución de la renta nacional, son hechos que testifican el esfuerzo realizado en este sentido.

Los problemas políticos y las dificultades sociales no pertenecen ya a aquellos «asuntos privados», sino que, por el contrario, son preocupaciones comunes a todos. Todos deben aprender a conocerlos, todos deben discutirlos, y para ello es necesario el concurso de todos los ciudadanos. En la perspectiva democrática, los estudios políticos y sociales son promovidos con especial empeño. Nadie puede ignorar que las ciencias sociales se armonizan perfectamente con las estructuras democráticas.

Varios factores de orden técnico e intelectual han desempeñado un papel muy importante en el desarrollo de la democracia. La aportación del progreso científico es particularmente importante en el campo de las ciencias sociales. Los datos que nos proporcionan y las técnicas por ellas creadas y utilizadas han ampliado, de modo fantástico, el contenido de nuestro conocimiento y la amplitud del campo de nuestra actividad. Conocemos hoy múltiples aspectos de la vida de los Estados con un grado de precisión relativamente elevado. Podemos medirlos y utilizarlos desde el punto de vista económico, demográfico, cultural, social y político. Investigaciones de todo tipo nos permiten no solamente fotografiar y seguir de cerca la situación presente, sino también predecir, en cierta medida, la evolución probable de los acontecimientos.

Gracias al progreso realizado en el campo de la sociología, de la ciencia política y de la psicología social, marchamos con pasos más seguros sobre el terreno resbaladizo de las opiniones, de las actitudes, de los comportamientos y de los contenidos de conciencia. El simple conocimiento no nos puede ya satisfacer. Deseamos intervenir como constructores de la vida social; una actitud de espíritu pragmático nos ha incitado a descubrir las técnicas por las que podríamos influir en los modos de pensar y en las conductas.

Una democracia en la que pueda tenerse en cuenta la voluntad de cada ciudadano, de las necesidades de cada categoría social, es, desde el punto de vista técnico, una realidad muy próxima. Nunca se subrayará bastante el hecho de la interdependencia de los factores técnicos e intelectuales: los técnicos de difusión de las ideas, de rastreo de opiniones, de análisis de direcciones de la actividad,

favorecen a la democracia, que, a su vez, facilita y promueve el desarrollo de la aplicación más amplia de dichas técnicas.

El advenimiento de la democracia ha modificado, del mismo modo, la fisonomía de las relaciones internacionales. Estas no están ya dominadas o reglamentadas por una minoría de parientes y afines ligados a un pequeño número de familias. Los intereses de una familia o el poder de una dinastía pesan poco en relación con las necesidades de un pueblo, la misión histórica de una nación o los intereses económicos de un país. Las guerras se explican en función de una problemática nacional y está justificadas por intereses vitales de las partes en conflicto: necesidad de un espacio vital, oposición de ideologías, defensa de una determinada civilización. Estamos en la hora de los derechos del pueblo: todas las formas de gobierno, autoritarias o no, afirman, con el mismo énfasis, que están fundamentadas en el pueblo, que tratan en su nombre y para él y que reposan sobre la confianza popular, en la búsqueda de su bienestar.

La fe en la democracia se ha convertido en un apostolado, a pesar de que algunos Estados no toleran de ningún modo otra forma de gobierno que la suya propia. La democracia se ha convertido en un objeto de exportación; es una especie de talismán del que todos los Estados, cualquiera que fuera su tradición, cultura y situación social, deberían poder beneficiarse tan pronto como fuera posible.

Pero ¿no podríamos examinar más de cerca la influencia de la concepción democrática y de las estructuras democráticas sobre las relaciones internacionales? ¿Están éstas en función de la estructura política y social de los Estados interesados? ¿Afecta el ideal democrático hasta tal punto a las relaciones entre Estados? ¿Respetan los Estados democráticos los derechos de los pueblos y se hallan inclinados a colaborar más y mejor en esta tarea que las antiguas monarquías europeas?

Antes de bosquejar una respuesta y de seguir más adelante, es necesario recordar, aunque sólo sea de pasada, algunos cambios que han tenido lugar simultáneamente al proceso de democratización.

Hay determinado hechos, con una amplitud realmente grande, que han cambiado radicalmente la faz del mundo.

La historia del mundo se ha limitado durante mucho tiempo a

identificarse con la historia de Europa. Europa era el centro, la civilización. Europa era la única cosa importante.

De golpe, en muy poco tiempo, esta visión ha sido modificada. Europa se ha dado cuenta de que se halla rodeada de multitud de otros pueblos que antes vivían lejos de su ambiente y que ahora viven muy cerca porque las distancias se han acortado muy considerablemente. No hacen falta más que muy pocas horas para recorrer distancias que antes exigían meses de viaje. Europa tiene vecinos nuevos; el contacto con países antes alejados se ha convertido en habitual.

Pero no sólo los contactos físicos son más asequibles y rápidos, sino que constituyen una necesidad ineludible. En los planos cultural, económico y científico se da una interdependencia creciente entre los Estados: dependencia de los países fuertemente industrializados respecto de países poseedores de materias primas, dependencia de países de industrias primarias respecto de otros cuyo nivel científico, técnico o económico es superior; la producción masiva exige mercados más amplios y el progreso científico requiere especialización y cooperación. Múltiples aspectos de nuestra actividad superan la estrechez de las fronteras nacionales.

Europa, la vieja Europa, está amenazada, en su división, por dos nuevos colosos, los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, con una concepción de vida propia y con ideales muy marcados de actividad social, económica y cultural.

Es chocante constatar que mientras que la distancia material disminuye, la distancia social o cultural aumenta a veces en proporción inversa. Los Estados nacionales han sido focos de diferenciación social y cultural. En el ámbito de estos Estados se ha buscado la unidad, una uniformación relativa de los modos de vida, de la educación y de las concepciones sociales y políticas. Las diferencias entre los representantes de los Estados modernos son frecuentemente más grandes que las que pudieran existir entre los representantes de las aristocracias reinantes de otro tiempo: poseen la misma educación, la misma cultura, valores y concepciones comunes de vida. Pero aquéllos forman una minoría restringida, mientras que los dirigentes políticos y contemporáneos representan una masa siempre más amplia de ciudadanos conscientes.

Una masa creciente de ciudadanos conscientes significa la incorporación total de una conciencia política.

En un Estado democrático la participación política del pueblo

es a la vez un postulado y un ideal. ¿Puede adquirirse este ideal? ¿Se ha llegado en el mundo actual, en que la cooperación internacional ha llegado a ser una necesidad vital, a interesar a los pueblos democráticos de Europa en nuevas formas de cooperación internacional? ¿Se ha llegado a aguzar la conciencia política de las masas? ¿Poseen estas masas valores comunes y se ha colocado la opinión pública al lado de la fuerza como un auténtico factor decisivo en la actividad política?

La posesión de valores comunes es una de las condiciones fundamentales e indispensables para la estructuración de relaciones internacionales satisfactorias, y reside en esto precisamente un problema fundamental para las democracias.

Considerada objetivamente la situación internacional, es radicalmente diferente de la que ha existido hasta el siglo XIX. ¿Es posible que la diferencia sólo radique en el plano subjetivo, en el de las conciencias?

Objetivamente, los hechos indican que existe una cooperación obligatoria. Han nacido docenas de nuevas organizaciones internacionales con finalidades limitadas y específicas. Las órdenes del día de sus deliberaciones rebosan toda clase de cuestiones económicas, financieras, políticas, sociales, culturales, etc. Comités especializados y expertos internacionales han puesto a nuestra disposición informes perfectamente detallados de la situación entre los Estados hoy día existentes.

Si nuestro contemporáneos quieren tomarse el tiempo necesario para leer estos informes, tendrán una visión de la realidad internacional que los predecesores aristocráticos no pudieran nunca soñar:

Por una parte, la miseria, por otra, la riqueza, países desarrollados defectuosamente y super-desarrollados, los ingresos medios anuales de la mitad de la población mundial no sobrepasan los 50 dólares por cabeza, mientras que en el paraíso de los países super-desarrollados estos ingresos oscilan entre 500 y 1.800 dólares. En algunos países la edad media resulta ser la de sesenta y cinco años, y en otros apenas llega a los treinta años. En unos lugares, salud; en otros, enfermedades; en unos, la industrialización alcanza un nivel conveniente; en otros, aún perviven poblaciones rurales afeerradas a técnicas ya superadas... El panorama que se nos ofrece está lleno de contrastes y de oposiciones que nos hacen pensar en las diferencias de las antiguas edades aristocráticas.

La situación de los países subdesarrollados es secular; la indus-

trialización, la aparición de una aristocracia económica internacional son hechos nuevos. Asimismo es también nueva la visión que se nos ofrece hoy y este conocimiento riguroso que nos es accesible.

Si nuestros contemporáneos quisieran tomarse el tiempo necesario para realizar un examen suficiente de estos datos... Pero ¿es que nuestros contemporáneos quieren tomarse dicho tiempo para una cosa así? ¿Ven ellos esta nueva fisonomía del mundo? Hay técnicos, especialistas y algunos espíritus curiosos que sí lo ven. Pero ¿y los otros?

Los resultados de los sondeos de la opinión pública indican que, en nuestras sociedades democráticas, hay una parte muy grande de población que no posee más que una información muy somera del plano general de la política nacional, y que el interés por los problemas de política internacional es todavía mucho más restringido. El interés que despierta el panorama político nacional es mucho menor que el que se siente por los problemas puramente locales. Esto sin referirnos al interés por los deportes, las estrellas de cine u otros sucesos que directamente atraen a las gentes. Hemos pretendido, con los párrafos precedentes, hacer destacar un dato de la más alta importancia: la indiferencia de la masa, la cerrazón de «la masa creciente de ciudadanos conscientes».

Mientras que los teóricos hacen observar que las relaciones internacionales son función de la estructura de las sociedades interesadas y por tanto, en las sociedades democráticas, de la visión y de las concepciones de los ciudadanos, no puede perderse de vista que hay muchos ciudadanos que carecen en absoluto de visión y de concepción alguna.

El ideal democrático crea deberes en este campo: así como los ciudadanos de un Estado tienen derechos iguales, los diferentes Estados tienen el derecho de que les respeten sus «derechos» en el plano internacional. Ahora bien, como hemos visto, hay muy vivos contrastes en la situación económica y social de países diferentes. Ahora se plantea la pregunta de si es conveniente la persecución de un mínimo vital internacional. ¿No tienen algunos Estados un derecho moral a ser librados del hambre, de las enfermedades o del analfabetismo?

Hay infinitas clases de planes internacionales de asistencia técnica para salud, para la infancia, para la educación, para los intercambios culturales, para las migraciones internacionales, y todos tienen por finalidad esencial la de aportar una ayuda para superar las

cargas de algunos, ya que existe aún un gran desequilibrio entre los medios empleados y las necesidades.

Pero surge de nuevo la pregunta de si este ideal despierta algún eco en los corazones y en los esfuerzos de los ciudadanos. ¿Se encontrarían éstos dispuestos a pagar una contribución particular para la asistencia técnica a pueblos menos desarrollados? ¿O acaso estarían dispuestos a renunciar a ventajas concretas que disfrutaban a corto plazo con el fin de conseguir una unidad europea que aparece como una necesidad objetiva, cuyas ventajas sólo se manifestarán a largo plazo?

Las investigaciones que se refieren al papel que juegan los factores psicológicos en la cooperación internacional, atraen generalmente la atención sobre el freno que estos factores constituyen, y sobre las dificultades y entorpecimientos que se originan de los malentendidos, de los prejuicios y de las diferencias de opinión. En el curso de una alocución pronunciada en 1943 con ocasión de la fundación del «Institut of World Affairs», en Nueva York, el presidente, Alvin Johnson, hacía hincapié sobre el desequilibrio entre la preparación intelectual y las exigencias objetivas de la cuestión internacional.

Estas dificultades, estos frenos, este estado de carencia de preparación intelectual, ¿no resultan del hecho de que nuestros procesos psico-sociológicos dependen, en gran manera, de las estructuras en las que vivimos? Procesos y estructuras son inter-dependientes; la mayor parte se refieren a intereses o a unidades nacionales, regionales o locales. Únicamente las estructuras nacionales y locales tienen un sentido y determinado peso, puesto que son las únicas que existen psicológicamente. Las estructuras y las tradiciones internacionales no existen para la mayoría, puesto que, al no formar parte de su existencia concreta y cotidiana, no tienen ningún sentido. La inmensa mayoría de la gente vive en el presente y no en el porvenir, lo que, objetivamente considerado, es vital, ya que el porvenir tiene para ellos menos importancia que lo que están viendo todos los días.

El sociólogo americano W. F. Ogburn ha demostrado en una tesis considerada ya clásica que la cultura inmaterial, las costumbres, los usos y las instituciones presentan frecuentemente un cierto retraso con referencia a los cambios técnicos que se realizan en el seno de una comunidad. Es necesario, por ejemplo, el paso de todo un lapso de tiempo para que la enseñanza existente se adapte a los

cambios estructurales y a las necesidades de la industria. ¿No es verdad que del mismo modo las opiniones y las actitudes de la mayoría subsisten en función de las estructuras tradicionales y frecuentemente envejecidas?

En ello hay para las democracias un problema muy grave, porque entre las necesidades objetivas que es necesario satisfacer, creando nuevas estructuras, y las opiniones subjetivas estrechamente ligadas a las estructuras existentes, hay una gran sima que salvar. En las tentativas crecientes de más firme integración y de cooperación más estrecha entre los países europeos, se notaba un claro contraste entre las actitudes nacionalistas indiferentes y la urgencia de la cooperación.

En la obra titulada *Nullité de la politique internationale des grandes democraties*, Emile Giraud ha indicado toda una serie de factores que han obstaculizado la colaboración internacional durante el período entre las dos últimas guerras. Estos son el nacionalismo, el pacifismo, la división de partidos, la incompetencia política de los líderes, el formalismo, etc., etc. ¿Es necesario concluir con él, con visión pesimista, la afirmación de la incapacidad de las democracias en la persecución de una política internacional constructiva? ¿O, por el contrario, es preciso exaltar las virtudes de un sistema dictatorial, renunciar a un idealismo utópico o fijar nuestra esperanza en el poder y en la coacción? ¿Es que acaso la historia de Europa sólo demuestra la posibilidad de formación de importantes unidades nacionales que deben su origen a los medios de coerción utilizados por las monarquías absolutas?

Desde el momento en que aireamos un problema de acción, viene inseparablemente unido a éste un problema inevitable de valor. No podemos escapar de esta correlación.

Si queremos trabajar dentro del campo de vigencia de las democracias, es necesario que utilicemos dichas fuerzas democráticas: es decir, el apoyo de la opinión pública, la posesión constante de valores comunes. Es necesario que utilicemos la senda democrática y que obremos dentro del campo de las instituciones democráticas, aunque nos parezca este camino más largo que cualquier otro.

Hay cambios importantes de estructura que implican un cambio radical de actitudes, maneras de pensar e incluso de ideales. Querer modificar las mentalidades sin cambiar las estructuras, es un trabajo inútil y vano. Uno de los caminos más fecundos para realizar la cooperación internacional y apresurar la aparición de nue-

vas formas de integración es el de proceder a la creación de toda suerte de organismos internacionales con finalidad perfectamente definida. Su número ha crecido notablemente después de la última guerra. Tales organismos presentan la ventaja de su estabilidad, de modo que crean costumbres internacionales y ayudan a promover lentamente una mentalidad internacional. Cada día es mayor el número de los que se encuentran ligados institucionalmente a organizaciones internacionales.

Las conclusiones formuladas por Jean Rivero, profesor de la Universidad de Poitiers, sobre el nacimiento y el crecimiento del federalismo, pueden ser adoptadas aquí también. Sirven tales conclusiones para reflejar las diversas formas de cooperación internacional, e ilustran, de forma suficientemente clara, la distinción entre los factores subjetivos y objetivos.

Dice Rivero:

«En la aparición del federalismo, los factores de unificación son principalmente de orden racional; las fuerzas de resistencia, por el contrario, son de orden pasional y subjetivo.

»En el primer grupo es necesario distinguir las causas profundas y las ocasionales. Sucede frecuentemente que las fuerzas profundas que favorecen el desarrollo de la federación se encuentran contrarrestadas por las fuerzas antagonistas hasta el momento en que una ocasión favorable las haga triunfar. Por el contrario, esta ocasión favorable no cumple el mismo cometido cuando los factores de unión decisivos faltan.

»La ocasión más favorable para el logro de una conciencia de solidaridad de los grupos es la amenaza de un enemigo común que pese sobre todos los elementos de la unión; entre los factores de unión puede hacerse notar, por una parte, un *mínimum* de civilización común, que se manifiesta, si no en la identidad de regímenes, sí al menos en una ideología política originaria común, y por otra parte, la acción a largo plazo de los factores técnicos económicos.

»Todos estos factores, se ha dicho, son de orden objetivo y racional, y existen en realidad. Pero, por lo común, el mayor número de ellos se manifiesta inadvertidamente. Es la reflexión profunda y no la simple sensibilidad la que nos hace notar su presencia. Es por esto por lo que el federalismo nace más frecuentemente como resultado de la voluntad de los dirigentes políticos

que de una aspiración espontánea de las masas. Lo más que puede esperarse de ellas es una aceptación inicial.

»Los factores de resistencia al proceso de unificación, en efecto, son mucho más accesibles a la sensibilidad de un gran número de personas: se trata de la pertenencia a una comunidad nacional, tanto más íntima y exclusiva cuanto está más claramente diferenciada por la lengua, la cultura y la tradición; es la costumbre de las instituciones estatales, y es, en el plano económico, la percepción de los intereses inmediatos y de los sacrificios momentáneos amenazados por la solución federal.

»Para dominar la resistencia ejercida por estos factores y para imponer, a su pesar, la solución federal, la amenaza de un peligro inmediato —guerra o miseria— puede jugar un gran papel. Del mismo modo, el desarrollo de las relaciones internacionales, la puesta en práctica de las instituciones inter-estatales en los dominios limitados en que aparece como inmediatamente posible, y la acción de la propaganda dirigida, son también elementos susceptibles de preparar, en la opinión pública de los países interesados, la aceptación de las iniciativas federalistas que incumben a sus dirigentes.

Dado el paso decisivo de la creación de la institución federal, la experiencia prueba que las dificultades se atenúan. Los factores de unificación se refuerzan, la evolución técnica y económica favorece al poder central, nuevas costumbres se abren paso en el campo de las instituciones, superponiéndose al cabo del tiempo a las antiguas, y la acción de los partidos y de los sindicatos tiende naturalmente a manifestarse de modo uniforme en todo el territorio de la federación.

La institución federal se consolida definitivamente cuando existe en la conciencia de los ciudadanos lo que podría llamarse el sentimiento de la doble pertenencia, es decir, la adscripción a la comunidad total que abarca y comprende la adscripción a la comunidad parcial, sentidas ambas con la misma espontaneidad» (1).

Rivero habla de la «conciencia del ciudadano». Podría decirse «de la élite» (aunque este término tiene un cierto sentido desagradable a ciertas personas), puesto que, como sociólogos, sabemos el papel importante que les está reservado, incluso en las democracias, a estas élites.

(1) JEAN RIVÉRO: «Introduction à une étude de l'évolution des sociétés fédérales». *Bulletin International des Sciences Sociales*, 1952, vol. IV, n. 1, páginas 41-42.

Quizá nos sería permitido, como conclusión, insistir en los valores que deben animar a estas minorías para convertirse, gracias a su actividad, en valores comunes.

En ciertos círculos científicos se ha intentado frecuentemente considerar el problema de la cooperación internacional como un problema puramente técnico. Se trata, sin embargo, también de un problema de valores cuyo triunfo depende de la decisión firme y sincera de hacer todo lo posible en este sentido.

En cuanto a cuáles son estos valores, el ideal democrático nos suministra indicaciones muy precisas.

Desde los orígenes del movimiento democrático se ha proclamado la igualdad de los individuos en el seno de la nación. La humanidad es considerada como un conjunto de pueblos idénticos. Y aunque tales declaraciones no pasan de ser muy abstractas y lejanas, se ha intentado en algunas ocasiones plasmarlas en realidades concretas, como, por ejemplo, en la Sociedad de las Naciones y en las Naciones Unidas, en que todos los Estados gozan de los mismos derechos.

Una consideración detenida de la situación de los diferentes Estados existentes en nuestros días nos ofrece la posibilidad de perseguir una política previsora y realista. Desde la segunda guerra mundial, en multitud de sectores se han concebido sistemas de cooperación internacional de una amplitud impresionante. ¿Comprenderán los pueblos que, lo mismo que en el plano nacional, es necesario sobrepasar el cuadro de las declaraciones jurídicas hacia la consecución de un mundo democrático en lo económico y en lo social? ¿No debemos convencernos de que no es posible tampoco ya, en el plano internacional, una estructura aristocrática?

PIERRE DE BIE

Traducido por FERNANDO GIL NIETO.

R É S U M É

L'étude sociologique des relations internationales — dont certains aspects son le thème étudié par l'auteur dans cet article — est difficile à cause de la complexité des facteurs en jeu. D'un autre côté ceci a été peu étudié.

Deux orientations principales ont été suivies par les investigations: une purement sociologique qui étudie les structures et une autre psycho-sociologique qui est centrée sur les opinions et les attitudes. L'importance de ce dernier point de vue a augmenté en considérant l'influence des idéals et des convictions pour une compréhension internationale meilleure. L'auteur se réfère à la révision des manuels de Géographie et d'Histoire et à l'étude des tensions réalisée par l'Unesco, parmi d'autres investigations réalisées dans ce sens. Le facteur psycho-sociologique, cependant, ne suffit pas et il faut continuer à considérer les facteurs de structure.

Un aspect de structure qui influence les relations internationales est celui de la démocratisation de nos sociétés. Pour le constater il suffit de comparer la situation actuelle avec celle qui existait en Europe avant la Révolution Française, lorsque les relations internationales, ainsi que toute la vie sociale, étaient en fonction d'une élite aristocratique. Par contre aujourd'hui le bien-être du peuple est le centre de la vie collective et ce sont les problèmes nationaux qui expliquent les guerres.

Il faut compter aussi avec l'ampliation de la vie internationale. L'histoire de l'Europe n'est déjà plus l'histoire du monde.

D'un autre côté l'interdépendance dans tous les secteurs a augmenté. L'auteur se pose une série de questions sur ces changements.

Dans la vie internationale il existe une coopération obligatoire. Il y a des douzaines d'organisations internationales. Mais il y a des profondes différences entre les pays surdéveloppés et les pays sousdéveloppés. Ceci pose le problème des plans internationaux d'aide et de leur accueil para les citoyens.

On a signalé le déséquilibre entre la préparation intellectuelle et les exigences objectives de la question internationale et l'auteur croit que ceci est dû au fait que les procesus psycho-sociologiques dépendent, en grande partie, des structures. Il ajoute que procesus et structures sont interdépendants. Mais les uniques structures qui existent psychologiquement sont les structures nationales et locales. Les structures internationales ne comptent pas pour la majorité.

L'auteur accepte les conclusions de Rivero sur l'apparition du fédéralisme qui indique que, tandis que les facteurs d'unification sont d'ordre rationnel, les forces de résistance sont d'ordre passionnel et subjectif. L'institution fédérale se consolide, termine, quand elle existe dans la conscience des citoyens. De Bie affirme qu'on

pourrait parler de la conscience de l'élite. La coopération internationale, dit-il, n'est pas un problème purement technique mais un problème de valeurs.

S U M M A R Y

The sociological survey of international relations — some of whose aspects make up the theme studied by the author in this article — is difficult owing to the complexity of the factors at play. On the other hand, very little investigation has been carried out on the subject.

Two main orientations have been followed by the investigators. One purely sociological which surveys the structures and the other psychosociological which is centred on opinions and attitudes. This latter point of view has increased in importance when taking into consideration the influence of ideals and convictions necessary for a greater international understanding. The author refers to the revision of Geographical and Historical manuals and to the study of tensions carried out by UNESCO, amongst other investigations accomplished in this wise. The psycho-sociological side, however, is not enough, and one must continue considering factors of a structural character.

One structural aspect which has an influence over international relations is the democratization of our societies. To prove this one has only to compare the present-day situation with that of Europe before the French Revolution when international relations, in the same way as social life as a whole, revolved around the élite of society. On the contrary to-day, the well-being of the people is the centre of collective life and wars are explained by national problems.

One must also bear in mind the expansion of international life. The history of Europe is no longer the history of the world.

On the other hand, interdependence in all sectors has increased. The author brings forward a series of questions about these changes.

There exists in international life an obligatory co-operation. There are dozens of international organizations. But there are also profound differences between over-developed and under-developed

countries. This encourages the problem of international aid plans and their reception by the people.

The lack of balance has been shown between intellectual preparation and objective requirements of the international question, and the author believes that this is due to the fact that the psycho-sociological processes depend greatly on the structures. He adds that the processes and structures are interdependent. But the only structures that exist sociologically are the national and local ones. The international ones do not count for the majority.

The author accepts Rivero's conclusions on the appearance of federalism, who indicates that whilst the unification factors are of a rational nature, the resistance forces are of a passionate and subjective order. The federal institution is consolidated, completed, when it is present in the conscience of the people. De Bie affirms that it could be said of the élite conscience. He says that the international co-operation is not a purely technical problem, but also one of values.

